

La historia de la Bella Durmiente se conoció en los alrededores y se presentaban príncipes que querían atravesar los zarzales, pero quedaban atrapados entre las espinas y allí morían.

Al cabo de cien años, el hijo de un rey, yendo de caza, se sintió intrigado ante la vista de las torres y preguntó a unos habitantes del lugar qué era aquello. Cada uno dio una respuesta diferente, de acuerdo con las versiones que habían escuchado: que era un viejo castillo por el que vagaban fantasmas; que servía a los brujos de la comarca para celebrar sus reuniones; que lo habitaba un ogro que llevaba al castillo a los niños para comérselos, sin que nadie hubiera sido capaz de seguirlo, pues solo él podía abrirse camino a través de la espesura. Entonces, un anciano lugareño tomó la palabra:

—Hace cincuenta años, oí referir a mi padre que allí se encuentra la princesa más bella del mundo, condenada a permanecer dormida durante cien años; y que el hijo de un rey, para quien está destinada, habrá de despertarla.

El príncipe decidió ver con sus propios ojos qué pasaba en ese lugar.

No hizo más que acercarse al bosque, cuando la vegetación se apartó para dejarle paso: se encaminó hacia el castillo, y cuál no sería su sorpresa al notar que ninguno de sus acompañantes había podido ir tras él: la maleza se volvía a enmarañar detrás en cuanto el muchacho pasaba. Su valentía no impidió que por un instante se asustara y tembló. Pero, a pesar de todo, siguió: a un príncipe joven y enamorado jamás lo abandona la valentía.

Entró en un amplio patio, donde todo lo que veía lo helaba de terror. Reinaba un silencio sepulcral y hombres, mujeres y animales, inmóviles y tendidos por todos lados, parecían evocar la imagen de la muerte. Pero luego, al reparar en la cara roja de los soldados, notó que parecían estar vivos; en el fondo de los vasos abandonados descubrió restos de vino: debían de haberse quedado dormidos mientras bebían.

Atravesó otro gran patio con piso de mármol, subió las escaleras, llegó a la sala de guardias y los vio en fila, con las armas al hombro y roncando. Atravesó varias habitaciones donde había gentilhombres, damas de honor y sirvientes durmiendo, unos de

pie, sentados otros. Al fin entró en una habitación toda de oro y allí, en un lecho, contempló lo más hermoso que había visto en su vida: una joven princesa dormida.

Se arrodilló junto a ella. En ese momento, como el final del hechizo había llegado, ella se despertó y le dijo:

—¿Eres tú, príncipe mío? ¡Cuánto te hiciste esperar!

El príncipe le juró que la amaba más que a sí mismo. Hablaron cuatro horas y todavía no se habían dicho ni la mitad de las cosas que tenían para decirse.

A todo esto, con la princesa se había despertado el castillo en pleno y cada cual atendía sus tareas; pero como no todos estaban enamorados, ¡tenían hambre! Una dama de honor vino a anunciar a la princesita que la comida estaba servida. El príncipe la ayudó a levantarse; ella llevaba un vestido tejido con hilos de oro y bordado en perlas.

Pasaron a un salón de espejos y se sentaron a cenar; los violines y los oboes tocaron piezas que hacía cien años que nadie interpretaba; y una vez que cenaron, se casaron en la capilla del castillo. A la mañana siguiente, el príncipe volvió a la corte de su padre, pues debía de estar preocupado por él.

